

demás de la inmensa fortuna que la habia dejado su marido á la pobre comunidad, que se encontró rica de un solo golpe.

Rocco del Pizzo siguió á su hermana en Nápoles.

Pero el día en que esta pronunció sus votos, cuando comprendió que no le necesitaba ya, y que el Señor le habia reemplazado junto á ella, desapareció y nadie le volvió á ver despues, ni se supo á punto fijo lo que fué de él.

Créese que se adhirió al partido de César Borjia, y que fué muerto al lado de aquel grande hombre, y al mismo tiempo que él.

VIII

POUZZOLES

Subimos á nuestro corricolo, dejando á la derecha el lago de Agnano, acerca del que hay poco que decir; entramos en la antigua via romana que conduce desde Nápoles á Pouzzoles, y que se llamaba la via Antonina. No cabia equivocarse, conserva el antiguo lecho de piedras volcánicas, está todo él costado de sepulcros ó mas bien de ruinas sepulcrales, habiendo quedado á través de las edades dos ó tres tan solo como marcas seculares que permanecen en pié en el camino infinito del tiempo.

Nos detuvimos en el convento de capuchinos. Aqui es donde han trasportado la piedra en que San Genaro sufrió el martirio; esta piedra está todavia hoy manchada de sangre, y cuando el milagro de la licuefaccion se verifica

en la capilla del Tesoro de Nápoles, la sangre que mancha aquella piedra, del mismo origen que la que contienen las dos redomas, se liquida, segun dicen, y aun hierve.

Esta iglesia encierra ademas una efigie bastante hermosa del santo.

De la iglesia de los capuchinos á la Solfatara no hay mas que un paso. Nos habian preparado para la vista de ese antiguo volcan, nuestro viaje por el archipiélago lipariota. Encontramos los mismos fenómenos: aquel terreno lleno de bocas que producen sonidos, y que á cada paso parece que os va á devorar en sus catacumbas arrojando llamas: aquellas humeantes grietas, á través de las que sale un vapor espeso é infecto; en fin, en los sitios en que esos vapores son mas condensados, estas tejas y ladrillos preparados para recibir allí la sal amoniaco que de ellas se sublima, y que se recoge sin otro gasto todas las madrugadas y todas las posturas del sol.

La Solfatara es el *Forum vulcani* de Strabon.

A pocos pasos de la Solfatara están los restos del anfiteatro llamado tambien *Carceri*, nombre que ha prevalecido al otro, y que recuerda las persecuciones cristianas de los siglos segundo y tercero. En este anfiteatro es donde el rey Tiridates, conducido por Neron que le hacia notar la fuerza y destreza de sus gladiadores, queriendo mostrar cuál era su fuerza y su destreza, cogió un venablo de mano de un pretoriano, y lanzándole á la arena, mató dos toros de un golpe.

Segun todas las probabilidades, tambien es en aquel circo donde San Genaro, habiéndose librado de las llamas y de las fieras, fué decapitado, lo cual permitió Dios, como hemos dicho, porque era el curso ordinario de la justicia. Una de las cuevas que ha hecho dar al monumento el nombre de *Carceri*, erigida en capilla, es la que la tradición asegura haber servido de prision al mártir.

Cerca del *Carceri* está la casa de Ciceron, ese mártir de

una reaccion pontuca, asi como San Genaro lo fué de una gran revolucion divina.

Esa casa era la villa predilecta del autor de las *Catilinarias*. La preferia á su villa de Gaeta, á su villa de Cumas, á su villa de Pompeya, porque Ciceron tenia villas en todas partes. En aquel tiempo, como hoy, la profesion de abogado y la de orador daban á las veces, segun parece, excelentes productos.

Verdad es que tambien tenian sus disgustos, como por ejemplo, tener despues de su muerte la cabeza y las manos clavadas en la tribuna de las arengas, y la lengua atravesada por una aguja de oro. Pero en fin, eso no sucedia á todos los abogados, testigo Salustio. Y tambien; ¿por qué diablos se habia Ciceron mezclado en negocios que no le atañian, y se habia permitido inconveniencias acerca de los cabellos postizos de Libia? Meditenlo bien, se acababa comunmente por descubrir que en las grandes desgracias que nos suceden, siempre hay en nosotros alguna culpa.

Pero entretanto, Ciceron pasó muy buenos y apacibles dias en aquella villa que lindaba con los jardines de Pouzzoles, y donde compuso sus *Controversias académicas*. Se descubria desde allí una vista magañica que no impedía en aquella época ese estúpido Monte Nuovo, nacido en una noche como una seta, para estropear todo el paisaje.

De Pouzzoles es de donde Augusto partió para ir á hacer la guerra á Sexto Pompeyo, con quien dos ó tres años antes, Antonio Lépidio y él habian hecho un tratado de paz en el cabo de Misena.

Un momento antes de firmarse aquel tratado, fué cuando viendo á los triumviros reunidos en el navio de su señor, Menas, liberto y almirante de Sexto, se inclinó al oido y le dijo en voz baja:

— ¿Quieres que corte el cable que sujeta tu navio á la costa y te haga dueño del mundo?

Sexto reflexionó un instante : la proposicion valia la pena; luego volviéndose hácia Menas :

— Era necesario haberlo hecho sin consultarme, respondió. ¡Ahora es demasiado tarde!

Y volviéndose hácia los triumviros con el rostro risueño y sin imaginar que habian corrido un gran peligro, continuó discutiendo aquel tratado que dejaba la tierra á Octavio, Antonio y Lépido; y á él, hijo de Neptuno, que habia cambiado su manto de púrpura por la toga verde de Glauco, las islas y el mar.

Materia da para una admirable novela este jóven rey del mar, que fué el primer amante de Cleopatra y el último antagonista de Augusto, y que mientras Roma prometia cien mil sextercios (80,000 reales) por cada cabeza de proscrito, él ofrecia doscientos mil por cada desterrado que llevaran á sus bageles, único lugar del mundo donde un proscrito podia á la sazón estar con seguridad.

Desgraciadamente, ¿qué importan á nuestros lectores en el año de gracia de 1842, los amores de Cleopatra, las proscriciones de Octavio, y las escursiones maritimas de Sexto Pompeyo, aquel galante raptor que acaso fué el único hombre honrado de su tiempo?

Pouzzoles era el lugar de cita de la aristocracia romana. Pouzzoles tenia sus manantiales como Plombieres, sus termas como Aix, sus baños de mar como Dieppe. Después de haber sido el señor del mundo y no haber hallado en todo su imperio otro sitio que le agradase, Sila fué á morir á Pouzzoles.

Augusto tenia allí un templo que le habia elevado el caballero romano Calpurnino. Es hoy la iglesia de San Próculo, compañero de San Genaro.

Tiberio tenia allí una estatua colocada en un pedestal de mármol que representaba las catorce ciudades del Asia

Menor que habia destruido un temblor de tierra y que Tiberio habia hecho reedificar. La estatua desapareció sin que se haya podido volverla á encontrar. El pedestal existe todavia.

Caligula hizo edificar el famoso puente que realizaba un sueño tan insensato como el de Jerjes; este puente partia del muelle, airtavesaba el golfo é iba á terminar en Bayes. Su construccion ocasionó la suspension de los trasportes y el hambre de Roma. Veinte y cinco arcos le sostenian partiendo del muelle; y como mas allá era el mar demasiado profundo para que se pudiese continuar colocando pilares, se habia reunido un número infinito de galeras que se habian fijado con áncoras y cadenas; después sobre estas galeras se colocaron tablas que cubiertas de tierra y piedra, formaban el puente. El emperador pasó por él, revestido con la clámide, armado con la espada de Alejandro el Grande, y llevando tras de sí, en su carro tirado por cuatro caballos, al jóven Dario, hijo de Arbano, que los partos le habian dado en rehen. — Y todo esto ¿sabeis por qué? Porque un dia Trabilo, astrólogo de Tiberio, habiendo visto al anciano emperador mirar á Caligula con aquella inquieta mirada que tan bien conocia.

— Caligula, dijo, no será emperador sino cuando atravesiese á caballo el golfo de Bayes.

Caligula atravesó á caballo el golfo de Bayes, y para desgracia del mundo, al que hubiese prestado un inmenso servicio Tiberio ahogándose, Caligula fué cuatro años emperador.

Hoy de aquellos veinte y cinco arcos quedan todavia doce gruesos pilares, de los que unos se elevan sobre la superficie de las olas, otros están cubiertos por el mar.

En fin el señor de los dioses tenia allí un templo en que era adorado bajo el nombre de Júpiter Serapis. Minado según toda probabilidad, por el agua, y sepultado al mismo tiempo bajo las cenizas en el terremoto de 1538, se volvió

á encontrar en 1750, pero fué despojado al punto de lo mejor que tenia y llevado á Caserta. No queda hoy de él mas que tres de las columnas que le rodeaban, dos de los doce jarrones que adornaban el menóptero, y soldado á su pavimento de mármol griego, uno de los anillos de bronce que servian para atar las victimas en el momento de su sacrificio.

Ese temblor de tierra de 1538 de que acabamos de hablar, es el gran suceso de Pouzzoles y sus inmediaciones. Una mañana, Pouzzoles se ha despertado, ha mirado al rededor de sí y no se ha reconocido. Donde la vispera habia dejado un lago, encontraba una montaña; donde habia dejado un bosque, hallaba cenizas; en fin, donde habia dejado una aldea no veia nada.

Una montaña de una legua de estension habia salido durante la noche, separado de su sitio el lago Lucrino, que es la Stigia de Virgilio, cegado el puerto Julio, y devorado la aldea de Tripergoli.

Hoy, el Monte Nuovo (se le ha bautizado con este nombre que ciertamente ha merecido), está cubierto de árboles como una verdadera montaña, y no presenta la menor diferencia con las demas colinas que existen allí desde el principio del mundo.

Habíamos acordado ir á comer orilla de el mar, para probar las ostras del lago Lucrino y beber vino de Falerino. Nos dirigimos, pues, hácia el sitio designado, donde nos esperaban provisiones previsoramente compradas en Nápoles y enviadas de antemano, cuando al llegar cerca de las ruinas del monte de Venus, vimos un grupo de paseantes que se disponian á hacer lo mismo. Nos aproximámós, ¡y á quién reconocimos! ¡á Barbaja, el ilustre empresario, á Duprés, nuestro célebre artista, y la *diva* Malibrán, como se le llamaba entonces en Nápoles y como se la llama hoy en todo el mundo!

Era este encuentro para nosotros una buena fortuna, y

como habia deseo de corresponder á nuestro ofrecimiento con otro ofrecimiento semejante, convenimos al instante mismo y por aclamacion en que las dos comidas se reuniesen en una sola.

Convenidos en este punto esencial, como se necesitaba todavía cierto tiempo para disponer el banquete comun, y no estábamos mas que á doscientos pasos de las termas de Neron, donde el guarda nos ofrecia hacer cocer nuestros huevos, aceptamos la proposicion, le entregamos la cesta que los contenia, y marchamos detras de él.

El pobre hombre se parecia mucho á los perros de la gruta de que he hablado en un capítulo precedente. A medida que nos aproximábamos á las termas, su paso se contenia. Desgraciadamente la curiosidad es implacable. Fuimos, pues, insensibles á los gemidos que lanzaba, y abierta la puerta de las termas, nos precipitamos dentro.

Aquellas termas se componian de dos grandes salones donde vimos una docena de baños deteriorados. Entre estos baños hay nichos vacíos. Estos nichos están destinados á estatuas que señalaban con la mano las enfermedades que curaban aquellas aguas termales. Su eficacia era todavía tal en la edad media, que refiere una antigua tradicion que tres médicos soberbios, al ver que las curas operadas por aquellas aguas disminuian su clientela, partieron de aquella ciudad, desembarcaron durante la noche en Bayes, destruyeron el establecimiento completamente, y se volvieron á embarcar; pero sea casualidad, sea castigo divino, levantándose una tormenta, naufragó su buque cerca de Capri, y los tres perecieron en las olas. Habia en el palacio del rey Ladislao, segun afirma Dionisio de Larno, una inscripcion que condenaba á la execracion pública los nombres de aquellos tres médicos.

Desde aquel tiempo no va ya el agua á los baños; los viajeros tienen que ir á buscar, lo cual no es cosa fácil, porque la galeria por donde se penetra hasta los manan-

tiales da paso tan solo á un hombre, y es allí el aire tan caliente y está tan enrarecido, que á los diez pasos el mas tenaz de nosotros se vió obligado á volverse.

Entretanto el guarda de las termas se preparaba con el aspecto de un hombre que va á subir al cadalso; en seguida cogió por el asa nuestra cesta de huevos, y separándonos de la entrada de la galería, se lanzó en ella y desapareció en sus profundidades.

Pasaron dos ó tres minutos, durante los que creimos que el pobre diablo habia descendido verdaderamente hasta el infierno; mas al cabo de esos tres minutos empezamos á oír lejanas quejas, las cuales cambiaban en gemidos á medida que se aproximaban: por fin vimos volver á nuestro mensajero de difuntos, con su cesta en la mano, bañado en sudor, pálido, vacilante. Cuando llegó junto á nosotros, como si no hubiese tenido fuerza mas que para atravesar aquel trayecto, cayó á tierra y se desmayó.

Grande fué nuestro temor, y si no hubiésemos visto á la puerta al hijo de aquel buen hombre, quien sin inquietarse para nada por su padre, partía avellanas, le hubiéramos creído muerto. Preguntamos al muchacho qué habia que hacer para aliviar al autor de sus dias.

— ¡Bah! nada, respondió. Esperad un poco, va á volver en sí.

Esperamos, y efectivamente, aquel pobre hombre recobró sus sentidos. Habia tenido conciencia, y como habia querido que los huevos estuviesen bien cocidos, habia permanecido siete ú ocho segundos mas que lo ordinario. Pero siete ú ocho segundos son una gran cosa cuando se trata de respirar una atmósfera que no es respirable. Por consiguiente, dos segundos mas, y el mismo guarda queda cocido.

Preguntamos á aquel desgraciado qué acostumbraba ganar al dia con el espantoso oficio que desempeñaba. Nos respondió que dia bueno con malo, ganaba tres carlinos

diarios (veinte y seis ó veinte y siete cuartos). Su padre y su abuelo habian tenido el mismo oficio y habian muerto antes de cumplir cincuenta años; él tenia treinta y ocho, y parecia tener sesenta, tan estenuado y demacrado estaba, efecto de ese sudor que continuamente le corría por el cuerpo. El muchacho que habíamos visto tan completamente insensible ante su desmayo, era su hijo único, y le educaba en el mismo oficio que él tenia. De vez en cuando, siempre que habia de agradar á los extranjeros, cogía de la mano al chico y le llevaba con él para cocer sus huevos. La señora Malibran habló un instante en la gerga del pueblo de Nápoles con aquel jóven adepto, el cual la preguntó entre otras cosas, quién era el imbécil que habia podido inventar las gallinas. El resultado de la conversacion fué que el mocito no parecia tener una gran vocacion á la profesion con tanta gloria ejercida hacia tres generaciones por su familia.

Dimos á su feliz padre tres colonates, es decir, lo que ganaba ordinariamente en una semana; luego quisimos dar á su educando un par de huevos, pero nos respondió desdeñosamente que no comia semejantes porquerías, y que eso era bueno para los ratones de los extranjeros como nosotros. Estas fueron exactamente las palabras de aquel niño.

Volvimos meditando sobre ellas al sitio en que nos esperaba la comida. Debo decir en alabanza de Barbbaja, que si lo que nos presentó era lo que daba ordinariamente á sus artistas, los alimentaba perfectamente bien. A esto se habia añadido lo que nosotros llevábamos, de que no hay para que ocuparse, y despues las ostras del lago Lucrino, y el vino de Falerno, tan alabado por Horacio.

Las ostras me pareció que merecian la antigua reputacion que las ha acompañado á traves de las edades; se parecen mucho á las de Marennes; su único defecto es ser muy gruesas y demasiado dulces. En cuanto al Falerno es

un vino amarillo y espeso que se parece en el gusto al de Montefiascone. Hecho por hábiles fabricantes sería excelente. Tal como es, parece buena sidra dulce.

Luego nos llevaron fruta de Pouzzoles. Pouzzoles es la huerta de Nápoles; desgraciadamente los hortelanos italianos no tienen mas conocimientos que los cosecheros de vino. De lo cual resulta que en un país donde, gracias á un admirable clima, podrian comerse las frutas mas esquisitas de la tierra, hay que contentarse con las que la mano del hombre todavía no ha sabido mejorar, y que nacen espontáneamente, tal como los higos, las granadas y las naranjas.

Terminada la comida, se dividieron las opiniones: unos eran de parecer de meterse en aquel momento en la lancha que nos estaba esperando, y dar un paseo por el golfo; los otros querian aprovechar lo que nos quedaba de día para visitar la gruta de la Sibila, Cumas, la Piscina maravillosa, los cien salones y la tumba de Agripina. Se llegó á las voces, y habiendo vencido el partido arqueológico al partido náutico, nos dirigimos inmediatamente hácia el lago de Averno. Jadin y yo éramos naturalmente los gefes del partido arqueológico.

IX

EL TARTARO Y LOS CAMPOS ELISEOS

Al contrario de todas las cosas de este mundo, el Averno es mas bello cuanto mas envejece. Si se ha de creer á Virgilio, era en tiempo de Eneas un lago negro, rodeado de sombríos bosques, por encima de cuya superficie, los pájaros, por rápido que fuese su vuelo, no podian pasar sin ser heridos de muerte. Hoy es un lago encantador como el lago de Nemi, como el de los Cuatro Cantones, como el de Loch-Leven, que adorna mucho el paisage, y que parece un lindo espejo colocado allí espresamente para reflejar un hermoso cielo.

Nuestro cicerone (en Italia no hay medio de librarse del cicerone) nos condujo á Barbaja, Duprés, la señora Malibrán, Jadin y yo, á las ruinas de un templo que nos

hizo pasar por un templo de Apolo. Como, gracias á nuestros estudios preliminares, sabiamos á qué atenernos, le dejamos tranquilamente engolfarse en sus esplicaciones, y vimos allí en Pluton el verdadero dueño del terreno.

Por lo demas, ese templo es muy antiguo y muy célebre. Anibal, detenido ante Pouzzoles, á donde los romanos habian enviado una colonia al mando de Quinto Fabio, fué á visitar ese mismo templo, y para atraerse el favor de los habitantes de las inmediaciones, hizo en él, dice Tito Livio, un sacrificio al rey de los infiernos.

Costeamos las orillas del lago marchando de Oriente á Occidente, y no tardamos en atravesar un foso antiguo que pasamos saltando de piedra en piedra: este era el cauce del canal que Neron, ese ambicioso de lo imposible, como dice Tácito, hizo escavar de Bayes á Ostia, y que debia tener veinte leguas de longitud, y ser bastante ancho para que dos galeras de cinco remos pudiesen pasar por él de frente. Este canal estaba destinado, dice Suetonio, á reemplazar la navegacion de las costas, que entonces, como hoy, era muy peligrosa. Neron fué uno de los emperadores mas prudentes que ha habido: un trueno le hizo un dia dejar un viaje á Grecia, para el que estaba preparado. Desgraciadamente no pudo disfrutar de la via que habia abierto á fuerza de brazos y dinero. La revolucion de Galba acaeció, y como dijo el mismo Neron en el momento de degollarse, el mundo tuvo la desgracia de perder aquel gran artista.

Habiamos llegado á pisar el terreno que en otro tiempo ocupaba la ciudad de Cumas. Una sola puerta ha quedado en pié, y se llama, no sé por qué, el *Arco felice*. A dos pasos de esta puerta era donde estaba el sepulcro de Tarquino el Soberbio, que desterrado de Roma, fué á morir á Cumas. Petrarca vió esta tumba en su viaje á Nápoles, y

habla de él en su itinerario. Se asegura que despues ha sido trasportado al museo. Lo que hay de cierto es que en el museo se enseña un sepulcro que se hace pasar por aquel.

Tambien es en Cumas donde Petronio se hizo abrir las venas, pero como verdadero sibarita que era, en un baño perfumado y conversando con sus amigos. Se cerraba las venas cuando la conversacion se hacia mas interesante, y las volvía á abrir cuando languidecia. En fin, mandó llevarse los jarrones murrhinos, que rompió para que Neron no heredase nada de él; despues cambió de sitio, porque era necesario que aquella muerte violenta tuviese la apariencia de una muerte voluntaria; y por último, entregó en el momento de morir á un amigo suyo el manuscrito de *Trimalcion*, ese inmortal monumento de los desórdenes imperiales, de que habia sido el cómplice antes de ser el historiador.

Epoca curiosísima era aquella. El poder supremo se habia perfeccionado de tal modo, que el verdugo habia llegado á ser un personage inútil. Una señal bastaba, un gesto lo decia todo. El sentenciado comprendia la sentencia, se iba á su casa, hacia un testamento en que legaba la mitad de sus bienes al César, para que su familia pudiese heredar la otra mitad; daba gracias al emperador por su clemencia, hacia calentar un baño, se metia en él, y se abria las venas. Abrirse las venas era la muerte de moda; un hombre de tono no se servia ni de la espada ni del puñal: esto era muy bueno para estóicos como Gaton, ó para soldados como Bruto y Casio; pero los romanos del tiempo de Neron necesitaban una muerte voluptuosa como la vida, una muerte sin dolor, una cosa semejante á la embriaguez y al sueño. Cuando llamaban al barbero preguntaba este con la mayor sencillez: ¿Necesito llevar mis navajas ó mi lanceta? Y llegó un

tiempo en que estos venerables rapabarbas practicaban mas sangrias que afeitaban.

Ademas, para aquellos á quienes no se podia hacer seña de que se mataran, como Petronio que no era mas que un rico dandy; Lucano, un pobre poeta; Séneca, un pico de oro; Burro, soldado veterano; Pallas, miserable liberto, para un padre que gozaba escesiva longevidad, por ejemplo; para una madre, para un tio, estaba Locusta, el vecino del tiempo. Habia en su casa un surtido de venenós como pocos químicos modernos poseen. En su casa se compraba con confianza. Y por otra parte, los que temian ser estafados los ensayaban en niños y no pagaban sino cuando quedaban satisfechos.

Puede formarse una idea de lo que hubiera llegado á ser una sociedad semejante si la religion cristiana no hubiera venido á purificarla!

Como Eneas, nos dirigiamos hácia la cueva de la Sibila. A cincuenta pasos de la puerta nos encontramos al conserje que se acercó á nosotros con la llave en la mano, mientras que algunos mozos que se habian quedado atrás, nos esperaban en el dintel con hachas encendidas. Los preparativos nos parecian poco agradables. Ademas, habiamos visto ya tantos subterráneos, grutas, y cuevas, que ya nos empezaba á parecer bastante en su género. Cambiamos una mirada que queria decir: Sálvese el que pueda! pero era demasiado tarde; estábamos rodeados, éramos caútivos, éramos, en fin, propiedad de los *ciceroni*: habiamos ido para ver, no debiamos irnos de allí sin haber visto. En un instante se abrió la puerta, fuimos rodeados, impulsados, y nos hallamos dentro. Ya no habia medio de retroceder.

Dimos próximamente unos cien pasos, no por aquella alta caverna que esperabamos hallar fiados en Virgilio: *Spelunca alta fecil*, sino en una galeria bastante baja y muy estrecha. Andados aquellos cien pasos creimos que

estábamos libres y quisimos retroceder. ¡Disparate! No habiamos visto todavía mas que el vestibulo. En aquel momento Jadin que iba el primero dió unos chillidos como un pavo real, no habia oido lo que le decia su guía, y habia caído en el agua hasta la rodilla. Entonces creimos que habia ya concluido aquello y que habiamos disfrutado bastante; aun nos engañábamos. Yendo cada uno de nosotros entre dos guías, uno que llevaba un hacha y el otro que, como el page de Malborough no llevaba nada, se ejecutó una maniobra que no podiamos esperar. El guía que iba delante de nosotros se inclinó, el guía que iba detrás se estiró, de modo que por un movimiento rápido como el pensamiento nos encontramos, inclusa la señora de Malibran, á cuestras de un *ciceroni*. Desde entonces ya no fué posible la defensa, y nos entregamos á merced del enemigo.

¡Ah! las vueltas y revueltas que nos hicieron dar en aquella espantosa caverna, las paparruchas horribles que nos refirieron de aquella buena sibila, el infinito número de golpes que nos dieron en la cabeza contra el techo, y en las rodillas contra la pared, solo Dios lo sabe! pero lo que sé es que al salir de aquel avispero tenia un grandísimo deseo de devolver á quien tenia la culpa los coscorrones que habia recibido. No obstante, comprendimos que como nadie iria á semejantes sitios por su voluntad, y es una cosa convenida que se deben ver, es bueno que haya gentes que os lleven por ellos á la fuerza. El resultado de este raciocinio fué que nuestros mandaderos se repartieron dos duros de propina; mediante lo cual nos volvieron á conducir con la hachas en las mano y llamándonos altezas, hasta las orillas del lago Aqueronte.

El Aqueronte es un desengaño para los aficionados á lo terrible, sus aguas continuan siendo de un azul oscuro. Pero no es ese pantano de dolor que ha hecho le den su nombre; es por el contrario un bonito lago que reparte

con su amigo el lago Agnano el monopolio de encharcar el cáñamo, y con su vecino el lago Lucrino, el privilegio de mantener excelentes ostras que pesca uno mismo con ayuda de una barca que dirige el sucesor de Caronte, La única cosa que le ha quedado de su verdadero antepasado, es su exactitud en pedir el óbolo.

Orilla del lago hay una especie de casino (leed ventorrillo) donde los *leones* de Nápoles van á hacer meriendas del género de las de la Regencia.

Desde las orillas del Aqueronte nos enseñaron el Cócuyo, que nos pareció menos cambiado que su terrible vecino. Continúa siendo un mar de agua estancada. Y aun creo que ha conservado la buena propiedad que tenia en la antigüedad, de oler muy mal.

La cueva del Cervero está al extremo del canal que comunica desde el Aqueronte con el mar. La cueva del Cervero tiene su *ciceroni*, como le tiene hasta el mas pequeño agujero de aquel feliz rincón de la tierra. Solo que han calculado que la cueva del Cervero no tenia bastante importancia para concederle un hombre completo: la han dado un jorobado á quien falta una pierna, pero que le queda felizmente una lengua y las dos manos. Hizo con esas dos manos y esa lengua todo lo que pudo por atraernos hácia la localidad que explota; pero como no se atrevió á respondernos de un modo cierto de que encontraríamos al Cervero en su morada, la vista de la cueva falta de su inquilino nos pareció semejar mucho á la de la carpa y el conejo, padre y madre de ese famoso mónstruo que se enseñaría en provincia si el Señor de la Cepéde no le hubiese hecho pedir para el Museo de París.

Ofrecimos á Milord la supervivencia del Cervero, pero Milord no tenia bastante confianza en las grutas desde que habia visto la del Perro, para que aceptase aquella posición por ventajosa que fuese.

Inútil es añadir que el jorobado recibió su carlino, como si hubiéramos visitado el antro de su alano.

Desde las orillas del Cócuyo, nos dirigimos en un momento á las ruinas del palacio de Neron.

Se elevaba este palacio en el punto mas encantador del golfo de Bayes, el cual segun Horacio ganaba en belleza á las costas mas agradables del universo, y cuya atmósfera, como en Pestum, tenia tal perfume y producía tal embriaguez, que Propercio aseguraba que una mujer estaba comprometida con solo permanecer allí una semana. A pesar de esto, y acaso precisamente por lo mismo, los mas ricos ciudadanos de Roma tenian su quinta en Bayes. Mario, Pompeyo, César iban allí á pasar el verano. En la quinta de este último fué donde murió el jóven Marcelo, muy probablemente envenenado por Libia, y cuya muerte debía dar materia á Virgilio para uno de los hemistiquios mas lindos y lucrativos á la vez de su sexto canto. Byron se vanagloriaba de vender sus poemas á guinea (cien reales) por cada verso. Preguntad á Virgilio lo que le produjo el *Tu Marcellus exis!*

Volvamos al palacio de Neron, hoy medio sumergido en las aguas y del que las olas arrebatan diariamente alguna sangrienta partícula. A ese palacio fué á donde llamó á su madre Agripina; en él es donde con ella queria celebrar las fiestas de la reconciliación.

Ved al uno en frente de la otra; la leona y el cachorro: la leona acostumbrada despues de largo tiempo á la carnicería; el leoncillo, que todavía no ha saboreado mas que una vez la sangre: verdad es que era la sangre de su hermano.

Dirijamos una mirada al paso sobre este cuadro; aseguramos al lector que vamos á presentarle una de las páginas mas terribles que se han escrito en el libro de la historia del género humano.

En primer lugar, recorramos nuestros personajes: veamos lo que era Agripina, porque el crimen del hijo nos ha

hecho olvidar los crímenes de la madre; y como se nos ha presentado esta envuelta en un sangriento sudario, no hemos podido distinguir la sangre que era suya de la sangre que pertenecía á los demás.

Ella es hija de Germánico; su madre es aquella Agripina, noble viuda, y fecunda matrona que arribaba á Brindis llevando en sus brazos la urna cineraria de su marido, y seguida de sus seis hijos, de los que cuatro debian ir muy pronto á reunirse con su padre. Los primeros que desaparecieron fueron los dos primogénitos, Neron y Druso (es preciso no confundir este Neron, última esperanza de los republicanos, con el hijo de Domicio, de quien vamos á hablar). Neron fué desterrado á Pontia, donde murió. ¿Cómo? No se sabe, probablemente como se moria entonces. En cuanto á Druso, no hay duda acerca de él, y el hecho es de los mas evidentes: le encerraron el dia menos pensado en los subterráneos del palacio, y durante nueve dias se olvidaron de llevarle de comer; al décimo bajaron á su prision con un plato de comida, vinos y frutas; le encontraron espirando; habia vivido ocho dias devorando el pelote de su colchon.

La madre fué castigada por un enorme crimen: habia llorado á sus hijos. La desterraron *ob lacrymas*; se suicidó en el destierro.

A poco tiempo no quedaba ya de la raza de Germánico mas que Agripina y Cayo Calígula, esa serpiente que Tiberio criaba, segun decia, para que devorase al mundo.

Tiberio, que como se vé se interesaba demasiado por toda su raza, habia casado á Agripina con un cierto Cneo Domicio, en quien el robo y el homicidio eran los crímenes mas leves. Como pretor, habia robado las apuestas de las carreras. Un dia en pleno Foro habia sacado un ojo á un patricio. Otra vez aplastó bajo los piés de sus caballos á un niño que no se separó bastante pronto. En fin, en

otra ocasion mató á un liberto á quien habia dado un vaso lleno de vino para que lo vaciase de una sola vez, y que faltándole la respiracion cometi6 la falta de bebérselo en dos veces. Cuando la muerte de Tiberio, estaba acusado de lesa magestad. Tiberio murió ahogado por Macron, y Cneo Domicio fué absuelto.

Calígula habia muerto. De los seis hijos de Germánico, solo quedaba Agripina. Reinaba Claudio. Acababa Claudio de mandar matar á Messalina, su tercera mujer, la cual, mujer del emperador como era, habia tenido el capricho de casarse públicamente con su amante Silio. Disgustado del matrimonio, habia jurado el emperador á sus pretorianos que en adelante viviria sin mujer. Pero los libertos de Claudio habian decidido que Claudio se volveria á casar.

Eran estos tres: Calisto, Narciso y Pallas; los primeros personajes del Estado; los verdaderos ministros del emperador. ¿Quereis saber la fortuna de estos tres esclavos recientemente libres? Pallas tenia trescientos millones de sextercios (doscientos cuarenta millones de reales); Narciso era mas rico en una cuarta parte: tenia cuatrocientos millones de sextercios (trescientos veinte millones de reales); en cuanto á Calisto, era el mas pobre: el desgraciado no tenia sino unos cuarenta millones. Por lo demas, era aquella la época de las fortunas escandalosas. Un - clavo que habia sido *dispensator*, título que corresponde al de provisor general, habia, segun refiere Plinio, comprado su libertad por la bagatela de trece millones. Recordareis á Apicio el Gloton, el cual, despues de haber gastado veinte millones en su mesa, es advertido por su mayordomo de que no le quedan mas que dos millones quinientos mil francos. Ahora bien; ¿qué creeis que hará Apicio? ¿Que colocará su dinero al 10 por 100, interés legal de Roma, y de las sobras de su patrimonio se creará doscientas cincuenta mil libras de renta, lo que aun

es un bonito caudal? Nada de eso. Apicio se envenena : no tiene ya bastante para vivir. Verdad es que Apicio habia dado hasta mil y doscientos francos por un barbo marino de cuatro libras y media que hacia vender Tiberio, encontrando ese pescado demasiado bueno para su mesa. Cuesta trabajo creer semejantes locuras. Leed, no obstante, á Séneca, epistola 95. Pero volvamos á nuestros libertos.

Cada uno de ellos tenia una mujer, á quien protegía, una emperatriz que queria dar por su mano á Claudio, al emperador imbécil que se dormía en la mesa, á quien calzaba sus sandalias en las manos, á quien hacia cosquillas en la nariz con una pluma, y entonces con gran júbilo de los convidados se rascaba la nariz con sus sandalias. Calisto presentaba á Lolía Paulina, que habia sido en otro tiempo mujer de Calígula. Narciso presentaba á Elia Petina, que habia sido ya mujer de Claudio, lo cual economizaba el gasto de nuevas bodas. En fin, Pallas presentaba á Agripina, de quien era el amante, y que llevaba en dote á César, un nieto de Germánico. Quedaron las tres mujeres con Claudio, Agripina venció y la hizo emperatriz.

Agripina habia, pues, llegado al fin á una posición digna de ella. Veamos la obra.

Silano es el prometido de Octavia, hija de Claudio ; pero Octavia ha venido á ser un partido adecuado para el hijo de Agripina. Silano es despojado de la pretura, acusado del primer crimen que se inventa, é invitado á darse la muerte ; Silano se mata.

Su rival Lolía Paulina, aquella viuda de su hermano que faltó poco para que la venciese, era rica como ella, como ella violenta, desarreglada, capaz de todo, pero mas rica, lo cual la daba una gran ventaja. Un dia habia asistido á un banquete con un adorno de esmeraldas que valia cuarenta millones de sexercios. La fortuna de Lolía Paulina fué confiscada, ella desterrada, y seis meses despues un

centurion fué á anunciarla en su destierro que era preciso morir. Lolía Paulina murió.

Despues de Lolía Paulina vino Calpurnia, cuya belleza habia alabado Claudio imprudentemente; despues de Calpurnia, Lépida, tia de Neron. ¿Por qué murieron los dos? Preguntádselo á Plinio : *Mulieribus ex causi*, por razon de ser mujeres ; no os dirá otra cosa. Y en efecto, esas tres palabras lo dicen todo.

No hablamos de un tal Tarro, que tenia una villa que Agripina queria comprar y él se negó á vender, y que murió tres meses despues legándosela.

Sin embargo, Claudio que se habia hecho desconfiado desde la muerte de Messalina, se apercibia de todo esto, y movia la cabeza. En sus momentos de abandono, cuando reformaba la lengua con sus gramáticos, ó el mundo con sus libertos, decia : « ¡ He hecho mal en volverme á casar, pero andarse con cuidado ! Estoy destinado á ser engañado, es verdad, pero tambien estoy destinado á castigar á los que me engañan ! » No le faltaba á Claudio razon al pensar asi, pero Claudio hacia mal en decirlo. Estas amenazas conyugales llegaron á oídos de Agripina : el tribuno que habia dado muerte á Messalina vivia todavia ; no se necesitaba mas que una señal de Claudio ó una palabra de Narciso, para que fuese de la cuarta mujer de Claudio, lo que habia sido de la tercera. Agripina tomó la delantera.

Una noche se echó un velo por el rostro, salió del Palatino por una puerta secreta y fué á ver á Locusta.

Tratábase de encontrar lo mas excelente entre los venenos, una cosa agradable al paladar, que no matase ni demasiado pronto ni muy lentamente, que hiciese morir, era lo que se necesitaba, pero sin dejar huellas. Agripina no reparaba en el precio.